

Manual de corrupción y decadencia

Joan Capdevila vuelve a la carga, con su segundo libro, intentando reivindicar al hombre asediado y planteando seis utopías "evolutivas pero revolucionarias". En su "Manual de corrupción y decadencia" (1), el autor parte a la batalla contra la corrupción de los conceptos, la sacralización y el elitismo del poder y el folklore ritual de la democracia. Anteriormente (2), Capdevila planteaba, en línea típica ecologista, la encerrona a que se nos conduce con el envenenamiento iúdico del entorno y el expolio de los recursos no renovables. Ahora desarrolla su canto reivindicativo en busca del hombre que incluso opta por dejarse corromper, vendiendo su libertad a cambio de un poco de seguridad.

Filósofo de la vida cotidiana y observador de "obsesiones, miopías, incongruencias e incompetencias tecnocráticas", Joan Capdevila pide una escuela distinta que produzca educación y no simple escolaridad, que deje de cultivar la desigualdad y sirva para dotar de capacidad de autonomía, en lugar de dar receptividad sólo para la alienación. La pasividad y la dependencia que caracterizan al individuo envuelto en la llamada sociedad desarrollada encuentran su caldo de cultivo en escuela (verdadera obsesión para el autor), pero también en los medios de comunicación y en el consumismo. Así, la TV permite al poder la certeza de que los hombres no hablarán más, permaneciendo aislados, mientras que se desarrolla una estrategia implacable por confundir las cosas y extraer del mundo de lo corriente las cuestiones "científicas". Por su parte, la sociedad de consumo cuida de esa "rareza estructurada" siempre suministrada en dosis de falsa satisfacción y permanente angustia. "Pese a su absoluta pobreza —dice—, la abundancia se encontraba entre las tribus nó-

madas de todo el mundo subdesarrollado".

Si bien hoy podríamos vivir sin contar con los inventos de los últimos doscientos años, no sobreviviríamos mucho tiempo si debiéramos prescindir de todos los anteriores al siglo de Augusto...

Está claro que la proporcionalidad entre, por una parte, el cáncer y el infarto de miocardio y, por otra, el PNB, se cumple de forma rigurosa y general. Como Herbert Read, Capdevila considera a la ciencia económica como "baldón de la civilización

tecnológica" y denuncia el comportamiento inhumano de los economistas que incitan a consumir al tiempo que amenazan y coactan con el paro, la inflación, el desequilibrio exterior...

En su alegato, tan denso y aprovechable como el anterior

ADIOS A LAS LETRAS



Angel María de Lera.



Ernesto Giménez Caballero.

La semana pródiga

La semana pasada debía estar prohibida, porque no deben ser permitidas aquellas semanas en las que uno no puede estar en todo. Los periodistas debíamos tener el don de la ubicuidad. A veces no tenemos ni el de la mismidad. Y cuando lo tienes, te sientan en el banquillo y te dan té en el bar del Supremo, una especie de bar donde se concentran los abogados de Madrid con el mismo espíritu austero que los jugadores de fútbol.

La semana pasada, mi amigo Rafael Abella, que ha compartido conmigo vacaciones en el Trópico, cuando ambos éramos escritores y no teníamos que andar a gatas con la burocracia de la literatura, me llevó a dos estrenos madrileños. Uno era el de Angel María de Lera, que ponía de largo una novela corta, titulada, muy apropiadamente, El hombre que volvió del paraíso. Angel María de Lera ha vuelto de muchos infiernos, pero el día de la presentación de su libro parecía estar en uno muy especial: el berenjenal que supone presentar tu propio texto. El hombre salió airoso diciendo que en el paraíso se estaba muy mal, que se volvía a buscar pelotas y letras de cambio.

Al día siguiente —estos editores lo hacen todo de una tacada—, Abella me llevó a ver a un gentleman, a un fascista y a Rafael Borrás, de Planeta. El último dijo que el primero —José María de Arellano— era un liberal. El segundo —Ernesto Giménez Caballero— afirmó que el Palace, donde se presentaba el libro Memorias de un dictador, del que es autor, es "el querido Palace", el sitio donde José Antonio, Sánchez Mazas, "el simpatiquísimo Lequerica", Michellena y otros veían venir a la España negra que siguió. El no la llama la España negra, porque él es muy fiel a sus principios y a sus finales. Pero habló como un profeta que sabe poesía y dijo algo muy mussolinia-

no —"vivire peligrosamente"—. Lo que dijo Giménez Caballero, con esa cara que parece reírse del futuro, fue: "He vivido como un equilibrista sobre las cataratas del Niágara, sin que hasta ahora haya resultado muerto". Antes me había anunciado Giménez Caballero: "A lo mejor viene al acto el alcalde García Galván".

Arellano, vestido de embajador, mirando al frente y sonriendo como un ex ministro de Exteriores de Arias, contó una anécdota que descubre muy bien a Giménez Caballero. Una vez, en Nueva York, fueron ambos a ver un espectáculo circense, benéfico, en el que aparecía, sobre un elefante vestido de rosa, Marilyn Monroe, asimismo vestida de rosas vaporosas. "¿Qué le parece?", le preguntó el alcalde de Nueva York a Giménez Caballero, quien respondió rauda y veloz como un obús: "Es la primera vez que entiendo la doctrina de Monroe".

La semana pasada también sirvió para que Carlos Barral se despojara de la gorra de marinero y la pipa de ángelillo perpetuo y saludable. Se le homenajeó en Madrid, donde tanto se le quiere. Bien rodeado el editor, bien editado el poeta, Carlos Barral sufrió los embates de la amistad, tan bien ganada a lo largo de su enorme singladura. A mí me emociona ver que en este país todavía se dan besos en las frentes de los marineros. Y que los poetas se presentan unos a otros, como hizo Francisco Brines con Luis Antonio de Villena.

Y como guinda, una anécdota ejemplar: el editor Giner, republicano de voz grave, acaba de dar una lección. Ha editado un libro con el que estaba en franco desacuerdo. Le ha añadido un prólogo y le ha recomendado al lector que no lo lea. Jamás hubo caballero quijotesco con montura más fiera. ■ SILVESTRE CODAC.

(1) Editorial La Gaya Ciencia, Barcelona.

(2) Carta abierta al presidente del Gobierno, ministros, diputados y senadores, con 25 preguntas sobre nuestro futuro. Ed. La Gaya Ciencia, Barcelona, Comesteda en TRIUNFO, 17 de febrero de 1978.

Cultura a la contra

Enredados en redadas

La noche es tiempo de monstruos, de terror y de misterio. Lo ha sido siempre: en la oscura Prehistoria, el hombre se refugiaba al atardecer en su caverna, al amor del fuego, temeroso de los monstruos y de los malos espíritus; en la no menos oscura Edad Media, llántrapos y vampiros sembraban el horror tras la puesta del sol. Ahora es más raro. Ahora los buenos burgueses —movidos a ello por gacetilleros de la derecha desestabilizadora que no distinguen bien las cosas— temen a los noctámbulos, a quienes consideran bestias peligrosas, drogadictas y navajeras, ávidas de sangre y de heroína. No se atreven a cruzar el para ellos pelagrosísimo barrio de Malasaña cuando se acaba el día; y, sin embargo, se trata de uno de los barrios más tranquilos de todo Madrid.

Bueno, en realidad no es tranquilo. Existe un peligro real en Malasaña: las redadas, los controles, las nubes de policías que lo invaden, sobrecogiendo de terror a quienes por allí andamos. Y no es que yo tenga nada en contra de la Policía, aunque a veces lo parezca, pero, de verdad, no resulta precisamente tranquilizador verse de pronto encañonado por una metralleta y cacheado salvajemente en busca de no se sabe bien qué; a lo mejor piensan que los grapos van a tomarse copas al Armadillo, o que quienes allí vamos llevamos un terrorista oculto en el bolsillo. Lo malo es que a veces las metralletas se disparan, y hay accidentes que pueden ser mortales.

Así que de noche, por un motivo o por otro, ya casi no se puede salir, o supone una heroicidad hacerlo. Cuando salgo de mi casa por las tardes, lo hago con la despectiva sonrisa en los labios de quien no teme a la muerte, ni a la tortura. Puedo quedar enredado en alguna redada, pero en cierto modo desprecio esa alarmante posibilidad. No estoy dispuesto a dejar de ir a los sitios a donde voy habitualmente, porque tengo la idea romántica y equivocada de que la calle es mía, es decir, de todos los ciudadanos, y de que los bares y cafés son lugares públicos, donde la gente puede reunirse con una cierta impunidad.

Lo malo es que ya las fuerzas de ocupación de la calle no se limitan a la noche; no son, desgraciadamente, vampiros. Así, y durante tres domingos consecutivos, han aparecido por el bar La Bobia, hacia las tres de la tarde, cuando todo el mundo y el mundillo se reúne para tomar unas copas. Yo asistí a una de estas curiosas operaciones policiales —no la puedo llamar redada, porque no se llevaron a nadie— y fue verdaderamente alarmante. De pronto entraron tres policías uniformados, y tocaron un silbato. Después nos amenazaron con sus metralletas y nos hicieron poner las manos en alto, bajo amenaza de disparar. Estuvieron un rato por allí, mirando, y luego se fueron sin que nadie entendiera ni por qué habían entrado ni por qué se habían ido. Yo me quedo con la duda de si no se tratará de una especie de odio personal hacia el dueño de La Bobia, de una sutil operación para hacer que su bar quede deshabitado de clientela los domingos.

Madrid se ha convertido en una ciudad tomada. No entiendo por qué. Y menos entiendo que, con el increíble aumento de efectivos policiales, me hablen del masivo incremento de la delincuencia en nuestra ciudad; deben estar locos, los delincuentes. ■

EDUARDO HARO IBARS.

trabajo en forma de carta a las máximas instancias gobernantes (y que muy pocos de los aludidos se permitieron comentar), hay un corolario audaz, en forma de "utopías", que definen y resumen el estilo del autor. Todos los cargos, especialmente los de los funcionarios del Estado, debie-

ran ser revocables y sometidos a fiscalización; los cargos públicos, por su parte, debieran someterse a sorteo entre la mayor parte de los ciudadanos, al estilo de la democracia griega y con la finalidad de desmitificar y banalizar el ejercicio del poder; que todos, como compensación, puedan ser

alguna vez burócratas felices, mediante la democratización de determinados privilegios, de todos conocidos; que se consiguiera la intercomunicación entre súbditos y poder, merced, precisamente, a alguno de los innumerables inventos técnicos; que existiera, como derecho generalizado, un ingreso mínimo anual garantizado, que resolviera necesidades vitales; y que, finalmente, se reconociera la responsabilidad subsidiaria para todos los que esconden en su "inviolabilidad" la incompetencia de la gestión y el poder. ■ **PEDRO COSTA MORATA.**

CINE

"Un rey en Nueva York"

En 1957, Charles Chaplin había decidido ya abandonar los Estados Unidos e instalarse definitivamente en Suiza. El Comité de Actividades Antiamericanas del senador Mac Carthy, que había destrozado estúpidamente el trabajo de cientos de cineastas de talento, le alcanzó también a él y, como otros, tuvo que exiliarse. Pero desde su rica residencia suiza no podía dejar de pensar en aquel país que le había otorgado los máximos honores recibidos nunca por un hombre de cine, pero también el mayor desprecio. Chaplin, por supuesto, no había sido nunca comunista, pero el senador Mac Carthy veía fantasmas por todas partes y cualquier ironía, cualquier crítica sobre la vida americana, se consideraba delito acreedor al máximo castigo posible. Muchos hombres desaparecieron, muchos quedaron traumatizados por toda su vida, muchos interrumpieron su carrera o la transformaron perdiendo para siempre la sensibilidad que les caracterizaba. Huyendo de todo eso y enfrentándolo al mismo tiempo, Chaplin escribió y dirigió en el máximo secreto "Un rey en Nueva York", la parodia más incisiva e inteligente sobre el comité de Mac Carthy y sobre la estupidez de un pueblo que se dejaba convencer con tópicos, esquemas y apriorismos. "Un rey en Nueva York" es un recorrido sobre distintos aspectos de la vida nort-

americana, resueltos siempre desde la ironía. No falta tampoco la clásica ternura de Chaplin, tan discutida por muchos; en este caso, expuesta a través del personaje de un niño sabihondo. Pero esa ternura estaba también al servicio de la denuncia de la hipocresía, la venalidad y la estupidez.

Chaplin se ríe de todos. Maldice a Mac Carthy y lo riega con una inmensa manguera de agua como en los mejores tiempos del cine mudo. Utiliza para su crítica los recursos que le habían hecho famoso en el mundo entero en una suerte de autohomenaje intencionado. Como punto representativo del cine de Chaplin, "Un rey en Nueva York" puede considerarse como una de sus mejores películas. Aislándola de su filmografía, se nos presenta igualmente como una aguda comedia que revolucionó el mundo del cine en su momento y que creó en los Estados Unidos una corriente de opinión más importante y eficaz que otros trabajos denunciadores de Mac Carthy, pero resueltos desde la timidez o el miedo. Aunque nunca fuera Chaplin un hombre de claros compromisos políticos y sus ideas no superaran lo que se entiende por el ambiguo "sentido común", ocasiones como la de "Un rey en Nueva York" hacen pensar que también desde la derecha pueden realizarse películas críticas importantes. Sólo faltan honestidad y talento. Y Chaplin era millonario de ambas cosas. ■ **DIEGO GALAN.**

Charles Chaplin.

